

The background of the cover is a close-up photograph of a tropical palm frond. The central rachis is a vibrant red, while the surrounding leaflets are a mix of bright green and yellow-green, suggesting sunlight filtering through the canopy. In the center, there is a semi-transparent rectangular box with a gradient from orange at the top to red at the bottom. The author's name is printed in white, bold, sans-serif capital letters within this box.

**PAUL
THEROUX**

**La Costa
de los
Mosquitos**

Un personaje extraordinario, Allie Fox, genio autodidacta, inventor visionario y fanático adversario del *american way of life*, mantiene despóticamente a su familia bajo la fascinación de sus extravagantes ideas e iniciativas. Una mañana, harto de lo que él llama civilización, decide partir hacia un misterioso destino. No será hasta más tarde, ya embarcada en un carguero atiborrado de plátanos, cuando la familia conocerá el fin que le espera: *La Costa de los Mosquitos*, en Honduras, donde empezará para ella una aventura delirante. En la azarosa lucha por construir y sostener la disparatada utopía del «padre», crece el sutil enfrentamiento entre éste y su hijo, verdadero narrador de un viaje que pocos podrán olvidar. A pocos se les escapará en *La Costa de los Mosquitos* el homenaje al *Robinson Crusoe* y a Daniel Defoe, su creador, aunque el estafalario personaje Theroux, Allie Fox, contrariamente a Crusoe, se niega obstinadamente a volver a casa, al mundo civilizado.

A «Charlie Fox», cuya historia se relata aquí, y cuyo coraje me enseñó que no se puede matar a los valientes. Con todo mi agradecimiento por muchas horas de pacientes explicaciones y buen humor ante mi ignorante interrogatorio. Encuentre la paz que merece en esta costa más segura. Naksaa.

P. T.

PRIMERA PARTE
EL BARCO BANANERO

1

Tras pasar por delante de la residencia de Tiny Polski, salimos a la carretera principal, recorriendo las cinco millas hasta Northampton sin que Padre parase un instante de hablar de salvajes y de lo espantosa que era América... cómo se había convertido en una ulcerosa zona de peligro, consumo de drogas y atrancamiento de puertas, para carroñeros rabiosos y millonarios criminales y sujetos ruines e inmorales. Y qué me dices de las escuelas. Y qué me dices de los políticos. Y no hay un solo graduado de Harvard capaz de cambiar una rueda pinchada o hacer diez flexiones de brazos. Y en Nueva York había gente que se alimentaba de comida para animales domésticos, gente capaz de matarte por unas monedas. ¿Era eso normal? Y, si no lo era, ¿por qué tenía nadie que aguantarlo?

—No sé —dijo, respondiéndose a sí mismo—. Sólo estoy pensando en voz alta.

Antes de salir de Hatfield había aparcado la camioneta en una elevación de la carretera, apuntando hacia el sur.

—Ahí llegan los salvajes —dijo, y allí subían, cruzando los campos desde una hoz de árboles entre los perfiles del aire recalentado, húmedo y gomoso, de los cobertizos de Polski. Eran de tez oscura, y vestían harapos. Algunos llevaban harapos en la cabeza, otros, sombreros de ala ancha. Eran hombres y niños, unos cuantos no mayores que yo, todos portando grandes cuchillos.

El dedo de Padre me asustaba más que aquellos hombres. Seguía apuntándoles. Le faltaba la punta del índice hasta la primera articulación, por lo que el muñón del de-

do, romo por los pliegues de piel cosida y plagado de horrendas cicatrices, sólo podía aproximarse a la dirección requerida.

—¿Por qué se molestan en venir aquí? —dijo—. ¿Dinero? ¿Cómo puede ser por el dinero?

Parecía mascar las preguntas de la punta de su cigarro puro.

Era mediodía, ya demasiado caliente para el mes de mayo en Massachusetts. El valle tenía un aspecto requemado por la sequedad primaveral que estábamos sufriendo, y las zanjas, poco profundas, humeaban como estiércol de vaca fresco. En los surcos rasgados entre terreno y terreno solo asomaban minúsculos penachos de Maíz Milagro. No se oía el piar de un solo pájaro. Y los campos de espárragos, adonde se dirigían los hombres, estaban tan marrones y lisos como si hubieran pelado el cuero cabelludo de hierba verde y apisonado toda la calva.

Padre movió la cabeza de lado a lado. Soltó el freno y escupió por la ventanilla.

—No es el dinero, ni por asomo —dijo—. Hoy en día un dólar no vale más de veinte centavos.

Más allá de Hatfield y de la casa de Polski, en el borde superior de la artesa del valle, había almenas frondosas, algunas, pálidas como espuma de limonada, y otras, protuberancias oscuras y racimos de arbustos como escarabajos, y empalizadas de ramas reventonas que se avenían a mi idea del entorno de la jungla. Pocas horas antes, cuando nos despertamos, el suelo estaba recubierto de brillantes cuentas de rocío helado. Me lo imaginé como hielo de verano. Exhalaba nubes de vapor. En el cielo había bolsas de nubes. Ahora el sol estaba alto, llenando el valle de luz y calor que relampagueaban sobre aquellos hombres, dándoles un aspecto de escuálidos demonios.

Quizá a ello se debiera el que, pese a haber visto ya a aquellos hombres —los salvajes, en el mismo lugar y lo bastante cerca como para ver los cardenales que el sol forma-

ba en su piel color cuero marrón—, su aparición me alarmara, como el dedo de Padre.

—Esta es la parte que detesto —dijo cuando entramos en Northampton. Llevaba una gorra de béisbol y conducía con el codo apoyado en la ventanilla.

—No me refiero a las chicas del Instituto, que ya dejan bastante que desear. Fíjate en esa Anita Remolcador, menudo tamaño. Es tan grande que con once como ella ya tienes la docena. Pero eso es grasa... no es salud. Eso son hamburguesas con queso —y sacó la cabeza por la ventanilla y gritó—: ¡Eso son hamburguesas con queso!

Bajando Main Street («Van todos drogados») pasamos junto a una gasolinera Getty, y Padre clamó contra el precio de la gasolina. DOS MUERTOS EN UN TIROTEO, se leía en un quiosco de periódicos, y él dijo:

—Papeles de mierda.

La sola palabra «Coleccionables» en el escaparate de un almacén le irritó. Y, cerca de la ferretería, había una máquina que vendía hielo en bolsas.

—Venden hielo... diez libras por veinticinco centavos, cuando el agua es tan gratuita como el aire. ¡Esos caraduras están vendiendo agua! El agua es la nueva industria del progreso. Agua mineral, agua de manantial, agua con burbujas. ¡Gran noticia! ¡El agua te sienta bien! Esa cerveza baja en calorías... ¿sabes qué lleva dentro? ¿Sabes por qué te mantiene delgado? ¿Sabes por qué cuesta más que la normal? ¡Agua!

Lo pronunció con acento yanqui.

Siguió adelante, cada vez de peor humor, hasta encontrar un parquímetro en marcha donde todavía quedaba tiempo. Aparcó allí y regresamos a pie a la ferretería.

—Quiero una junta de goma, ocho pies, con refuerzo de espuma —dijo Padre y, mientras el hombre iba a buscarla, añadió—: Probablemente por eso es tan cara la gasolina. Le echan agua. ¿No me crees? Si piensas que los mercachifles tienen moral... —yo no había dicho esta boca es mía—

... a ver cómo me explicas por qué dos terceras partes de la carne que el Gobierno inspecciona condene cantidades sustanciales de nitratos cancerígenos y por qué esa comida-basura —lo cual es un hecho probado— no tiene el más mínimo valor nutritivo...

El empleado de la ferretería regresó con un rollo de goma y se lo entregó a Padre, quien lo examinó y se lo devolvió.

—No lo quiero —dijo.

—Es lo que ha pedido —repuso el hombre.

Padre puso cara de pena.

—¿Qué pasa? Trabaja para los japoneses, ¿o qué?

—Si no lo quiere, no tiene más que decirlo.

—Acabo de decírselo, Jack. Está hecho en Japón. No quiero que los cuartos que me he ganado con el sudor de mi frente se transformen en divisas para los nipones. No quiero financiar a otra generación de kamikazes. Quiero un rollo americano de junta de goma, con espuma... *¿es que no trabaja aquí?*

Y soltó una maldición porque el hombre se había puesto a atender a otro cliente.

Padre encontró la junta de goma que buscaba en una ferretería más pequeña de una calle lateral, pero, cuando llegamos a la furgoneta, casi le había dado ya un ataque de pensar en lo que le habría gustado decir en la primera ferretería.

—Debí decir «Sayonara», montar un escándalo.

En nuestro parquímetro había un policía, cubriéndolo con las manos, la barbilla apoyada en los dedos, como un buscador de oro descansando en el mango de su pala. Miró a Padre, sonrió como diciendo hola, y entonces me vio y se mordió los labios.

—¿No debería estar en el colegio?

—Enfermo —dijo Padre, sin perder el paso.

El policía siguió a Padre hasta la puerta de la camioneta, enganchó los dedos en el cinturón de su pistola y dijo:

—Un momento. ¿Por qué no está en la cama?

—Por una infección de hongos.

El policía bajó la cabeza y me miró desde el otro lado del asiento.

—Vamos, Charlie, enséñaselos. A mí no me cree. Quítate el zapato. Déjale que huelo.

Me solté los cordones de los zapatos, y el policía dijo:

—Olvídalo.

—No se disculpe —dijo Padre, sonriendo al policía—. La buena educación es muestra de debilidad. Y ésta no es forma de luchar contra el crimen.

—¿Decía algo?

El policía apretó las mandíbulas y se irguió en toda su altura. Estaba muy enfadado. Tenía un aspecto cauteloso y pesado.

Pero Padre seguía sonriendo.

—Estaba pensando en voz alta.

No volvió a abrir la boca hasta que llegamos a la carretera de Hatfield.

—¿Estabas dispuesto a quitarte los zapatos y enseñarle a ese poli tus dedos sanos?

—Me dijiste que lo hiciera —repuse.

—Cierto —dijo—. ¡Pero qué clase de país es éste que transforma a los tenderos en traidores y a los hombres sinceros en mentirosos! Nadie piensa nunca en irse de este país. ¡Yo, Charlie, lo pienso todos los días!

Siguió conduciendo.

—¡Y soy el único que lo hace, porque soy el último hombre!

Así era allí nuestra vida; la finca y el pueblo. A Padre le gustaba el trabajo en la finca de Tiny Polski, pero el pueblo le sacaba de quicio. Por eso no me llevaba al colegio. Y tampoco a Jerry y a las gemelas.

Más avanzado el día, mientras arreglábamos una bomba junto a un terreno cultivado, vimos otra vez a los salvajes.

—Vienen de la jungla Trabajadores emigrados. Estaban bien y no se enteraban. Yo les habría cambiado el puesto. Creen que esto es jauja. No deberían haber venido.

Padre había inventado la bomba para Polski, hacía un año. Tenía un vástago puntiagudo, sensible, que penetraba como una raíz en el terreno, y, cuando el suelo se secaba, un cable activaba un interruptor y ponía la bomba en marcha. Padre, que era inventor, era un verdadero genio con cualquier cosa mecánica. «Nueve patentes», le gustaba decir, «cinco pendientes». Se jactaba de haber abandonado Harvard para conseguir una buena educación, listaba más orgulloso de su primer trabajo de conserje que de su beca en Harvard. Había inventado una fregona mecánica... uno la aguantaba fuerte y ella zigzagueaba por el suelo, y después se escurría sola. Decía que usar esa fregona era como bailar con una mujer sin cabeza. La llamaba La Mujer Silenciosa. Lo que más le gustaba era desarmar cosas, incluso libros, hasta la Biblia. Decía que la Biblia era como un manual de instrucciones, un manual de reparación para un invento no terminado. También decía que la Biblia era un yermo. Una de las teorías de Padre era que había partes de la Biblia que nadie había leído, igual que hay partes del mundo donde nadie ha puesto el pie.

—¿Crees que eso está mal? Ni mucho menos. Son los espacios vacíos los que nos salvarán. Ni mariquitas, ni polis, ni maleantes, ni atracadores, ni inhaladores de pegamento, ni bombas aerosol. Yo no estoy perdido como ellos —y señalaba a los salvajes—. Conozco la salida.

Tocaba las piezas de la bomba con los dedos, como un médico reconociendo a un niño para detectar inflamaciones, sin parar de hablar sobre espacios vacíos y salvajes. Levanté la vista y los vi. Parecían salir a rastras del yermo que acababa de describir. Les observamos mientras se dirigían hacia los cultivos de arriba, y, aunque yo sabía que sólo

iban a cortar espárragos, me parecía que andaban buscando dedos que cercenar.

—Vienen del lugar más seguro de la tierra... Centroamérica. ¿Sabes lo que tienen allí? Energía geotérmica. Todo el fluido que necesitan está a cinco mil pies bajo tierra. Es el ombligo de la tierra. ¿Por qué se vienen aquí?

Y los salvajes cruzaban los terrenos, agachados y alesteando. Tenían zapatos enormes y cabezas diminutas y encogidas entre los hombros, y, al pasar junto al bosque, asustaron a los cuervos, provocando un tumulto de graznidos. Los pájaros remontaron el vuelo como guantes negros proyectados desde un tendedero, elevándose hacia atrás e hinchando las plumas a cada batir de ala.

—En su lugar de origen no hay tele. Ni videoporquerías niponas. Pásame esa aceitera. Aquí arriba la naturaleza es joven. Pero el ecosistema de los trópicos es enormemente viejo y no ha cambiado desde que empezó el mundo. ¿Por qué creen que nosotros tenemos las respuestas? Fe... ¿eso decías? ¿Consiste la fe simplemente en tocar «Ven a Jesús» en La bemol?

Sujetó la llave en la rosca del tubo saliente, metió el pico de la aceitera en la junta de los tubos y echó un chorro. Liberó el tubo con ambas manos y suspiró.

—No, señor. La fe consiste en creer en algo que sabes que no es verdad. ¡Ja!

Metió el meñique entre las gotas oxidadas del cuerpo de la bomba y extrajo una válvula de bronce y un chorro de agua.

—En el lugar de donde vienen esos salvajes no se puede beber el agua. Está llena de bichos. Lombrices. Algas. No tienen el buen sentido de hervirla y purificarla. Nunca oyeron hablar de filtros. Los gérmenes se les meten en el cuerpo y ellos se ponen verdes, como las algas, y se mueren. Los que quedan se imaginan que aquello no sirve para nada... arañas del tamaño de perritos, mosquitos, serpientes, inundaciones, pantanos, caimanes. Ni la menor noción

sobre energía geotérmica. ¿Para qué cambiarlo si uno puede venir aquí a hacerse pedazos? Dadme los desdichados desechos de vuestras hirvientes costas. Tomad una Coca-Cola, ved la televisión, vivid de la Seguridad Social, conseguid dinero gratuito. Convertíos en criminales. En este país, el crimen es rentable... los atracadores llegan a ser los cimientos de la comunidad. Terminarán todos atracando y dando tirones de bolsos.

El agua ya salía de la bomba, y los circuitos internos sonaban y medían.

—No pienso volver a Northampton. Es demasiado trastorno. Estoy harto de toparme con gente que quiere lo que yo ya he tenido y rechazado. Charlie, he tenido todos los dólares que he querido. Por no hablar de la educación. El poli de esta mañana, ese Controlador de Novillos, tiene instrucción, y no quiere más que lo que le enseñan en la tele. ¡No le mandaría ni a comprar bocadillos! Yo he tenido todo eso... lo que la gente codicia. No funciona, y es irritante oír cómo lo alaban los ignorantes.

Me miró, haciendo una mueca.

—Es un mundo imperfecto —dijo.

Ahora miraba con una mueca a su dedo cortado.

—¿Qué hacen los rusos mientras esa gente ve la tele? Están haciendo experimentos muy interesantes con el agua. Le quitan el gas, todas las burbujas, incluso el oxígeno y el nitrógeno. Una vez aplanada, la sellan en tarros, como el melocotón en conserva. La dejan descansar un tiempito. Después, cuando usan este agua para las plantas, éstas crecen dos o tres veces más aprisa... monstruos grandes y sanos. Las judías se salen de sus palos, las calabazas son como globos, las remolachas como pelotas de voleibol.

Señaló el agua.

—Sólo estoy pensando en voz alta. ¿Qué te parece? ¿Crees que hay problemas con la lluvia? Di algo.

Dije que no sabía.

—¿Crees que alguien debería hablar con Dios para que repensara el tiempo? Te lo digo yo, Charlie, es un mundo imperfecto. América está anquilosada.

Ahucó la mano bajo el chorro que salía del tubo y se la llevó a la boca. Tragó ruidosamente.

—Para esos salvajes, esto es como champán.

Por el ruido de sus labios se diría que es algo maravilloso.

—Cosas que tú y yo damos por hechas, como el hielo. En su país, no lo tienen. Si vieran un cubito de hielo, probablemente creerían que es un diamante, o una especie de joya. Sin hielo... tampoco parece el fin del mundo. Pero piensa en ello. Imagina qué tipo de problemas tienen sin la refrigeración adecuada.

—A lo mejor no tienen electricidad —dije.

—Claro que no —dijo Padre—. Estamos hablando de la jungla, Charlie. Pero puedes tener refrigeración sin fluido. Todo lo que necesitas es succión. Pon en marcha un vacío y ya tienes refrigeración. Escucha, puedes sacar hielo del fuego.

—¿Por qué no lo saben?

—Ni por asomo —dijo—. Por eso son salvajes.

Empezó a armar la bomba.

—Deben sufrir todo tipo de enfermedades —dijo. Señaló con la llave la dirección que habían tomado aquellos hombres.

—Esos... están enfermos.

Sentía por ellos al mismo tiempo fascinación y rechazo, y me comunicaba estos sentimientos, contándome algo interesante y después advirtiéndome que no me interesara demasiado. Yo me preguntaba cómo sabía tantas cosas de aquellos hombres a quienes llamaba salvajes. Alegaba que las sabía por experiencia, por haber vivido en lugares salvajes, entre gente primitiva. Usaba la palabra salvajes con afecto, como si por ello les quisiera un poco. Sentía por naturaleza un respeto por lo silvestre. Lo veía como un desa-

fío particular, algo que podía arreglarse con una idea o una máquina. Sentía que tenía respuesta a casi todos los problemas, siempre que alguien quisiera escucharle.

Los cuervos regresaron al bosque, primero lanzados hacia las copas de los árboles, después en cautelosos círculos, finalmente picando hasta posarse.

—¿Esos hombres son peligrosos? —pregunté.

—No tan peligrosos como el americano medio —respondió—. Y sólo cuando se enfadan. Se conoce cuando se enfadan porque sonrían. Esa es la señal, como los perros.

Se volvió hacia mí con una amplia sonrisa. Supe que quería que le preguntara más.

—Y después, ¿qué?

—Se convierten en animales. Asesinos. Los animales parece que sonrían justo antes de morderte.

—Esos hombres ¿muerden?

—Te pondré un ejemplo. ¿Sabes cómo lo hacen? ¿Cómo te matan? Te lo voy a decir, mi querido Charlie. Te ahuecan.

Ahuecan, dijo, y, al oírle, sentí como si cien afiladas garras me tiraran de la cabellera.

—Por eso hace falta valor para ir allí... y no simple energía, sino valor del de las cuatro de la madrugada. ¿Quién lo tiene?

Trabajamos al aire libre hasta que el cielo se puso del color de la llama de camping gas y nos encaminamos a cenar a casa.

—No me negarás —dijo Padre— que esto es mejor que el colegio.

2

Aquella noche abrí los ojos en la oscuridad y supe que mi padre no estaba en casa. La sensación de que alguien falta es más fuerte que la sensación de que hay alguien cerca. No era sólo que no oyera sus ronquidos silbantes (por lo general sonaba como una de sus propias válvulas de expansión), ni siquiera que todas las luces estuvieran apagadas. Era una sensación de vacío solitario, como si, en el lugar donde debiera haber estado el cuerpo de mi padre, hubiera un agujero de aire con perfiles de momia. Y temí que aquel hombre imprevisible estuviera muerto o, peor que muerto, ahuecado y vagando como un fantasma por la finca. Supe que se había ido, y me sentí lleno de preocupación y culpabilidad —tenía trece años—, responsable de él.

Aunque no había luna, la casa podía registrarse fácilmente, porque no tenía cerraduras. Padre era contrario a cerrar las puertas. He dicho que estaba en contra, pero quiero decir que nos amenazaba con pegarnos si lo hacíamos. El que anda detrás de una puerta cerrada no trama nada bueno, solía decir. A menudo gritaba desde el otro lado de la puerta del cuarto de baño:

—¡No hagáis barricadas!

Se había criado en un pequeño pueblo pesquero de la costa de Maine —él lo llamaba Dogtown—, donde cerrar las puertas era algo desconocido. Decía que, en los años que pasó en la India y en África, siempre se atuvo a la misma norma. Nunca llegué a saber con seguridad si había estado en aquellos lugares. Me crié en la creencia de que el